

ron bilingües y aun trilingües algunos; casi todos son conocidos por un doble nombre, árabe y hebreo; y en árabe fueron primitivamente escritas obras tan capitales como *La Fuente de la Vida*, de Aben-Gebrol, y la *Guía de los que andan perplejos sobre el recto camino*, de Maimónides. Durante cierto tiempo, y salvas las diferencias religiosas que siempre dan peculiar tono y sabor á los libros de los judíos, puede afirmarse que ambas literaturas se confunden, y que llegaron á noticia de los cristianos como si fuesen una sola.

De todo esto habla el nuevo académico con mucho acierto y erudición, aunque no sé si con el mejor método, sin duda por el empeño de ceñirse estrechamente á la cronología, lo cual le obliga á mezclar especies inconexas que impiden abarcar de una sola ojeada todo el conjunto. Y por eso quizá no lucen bastante aquellos rasgos en que principalmente conviene fijar la atención por lo significativos ó por lo extraños. Tal conceptúo la sorprendente aparición (en que Dozy reparó el primero) del idealismo amoroso, de una especie de petrarquismo más humano que el del Petrarca, en el bellissimo libro *De los Amores*, del cordobés Aben-Hazm, primera novela íntima que en

los tiempos medios puede encontrarse, una especie de *Vita Nuova*, escrita siglo y medio antes de Dante, para dar testimonio, contra vulgares y arraigadas preocupaciones, del grado de pureza y profundidad afectiva á que, si bien por excepción, podían llegar, no ciertamente los árabes puros, sino los musulmanes andaluces de origen español y cristiano, como lo era este gran polígrafo Aben-Hazm, autor también del más interesante documento que poseemos sobre la historia literaria de la escuela árabe; curiosísima carta crítica y bibliográfica que, traducida al inglés, puede leerse en el *Almacari*, de Gayangos, y que el Sr. Fernández y González compara muy atinadamente con la famosa del Marqués de Santillana al Condestable de Portugal.

Mucha curiosidad ofrece también todo lo que se refiere al desarrollo y cultivo de la novela entre los árabes y judíos peninsulares. Resulta que la forma actual del *Antar*, el más famoso libro de caballerías arábigo, debe atribuirse á un médico español residente en Damasco, y que el género tuvo en España imitaciones de carácter muy indígena y muy aproximada á la de los libros de caballerías europeos, sin que pueda decirse todavía con seguridad

de qué parte estuvo la iniciativa y la influencia; porque si la aparición de estos cuentos en árabe es bastante tardía, tampoco entre los cristianos de España madrugó mucho tal género de ficciones, ni puede citarse ejemplo original de ellas antes del siglo xiv. De otros cuentos de diverso género, pero no menos peregrinos, nos da razón el Sr. Fernández y González, haciéndonos desear que cumpla su propósito de formar una colección selecta de los que se encuentran esparcidos en libros misceláneos y enciclopedias históricas, al modo de la de *Los Caminos y los Reinos* del rey de Niebla Obaid al Becrí, citada y utilizada en la *Grande et General Estoria* de nuestro Rey Sabio. Á este grupo de ficciones pertenecen *La Hija del Rey de Cádiz*, *El Gigante de Loja*, *El Falso Anacoreta*, *Los Palacios de la Reina Doluca*, *Los Amores del caballero gallego*, *La Ciudad de Latón* y otras análogas no menos sabrosas, cuya tradición se perpetúa, en pleno siglo xvi, en los libros aljamiados de los moriscos.

Ni fueron extraños tampoco los judíos de la Península á estas aficiones novelescas, á pesar de la severidad con que los doctores de su ley solían mirar el cultivo de la literatura frívola

y profana. Los novelistas judíos de nuestra Edad Media, aunque mucho más escasos que los poetas líricos, no son indignos de consideración. Novela filosófica es, en rigor, el *Kuzari*, donde no sólo se descubre el origen de la parábola de los tres anillos que leemos en Boccaccio, y, por tanto, del *Nathan el Sabio*, de Lessing; sino que la idea del conflicto y controversia entre las tres leyes ó religiones, aunque resuelto naturalmente con diversa conclusión, pasa como tema predilecto á muchos libros de Ramón Lull, especialmente al *Del gentil y los tres sabios*, y también en el *De los Estados* de D. Juan Manuel deja huella. Pero hubo además, entre nuestros israelitas, colecciones de novelas enteramente profanas, á imitación de las *Macamas* ó *Sesiones* árabes de Hariri. Entre estos Decamerones hebreos de los siglos xii y xiii se cuentan las 50 *Saracotties* ó novelas zaragozanas de Aben el Asterconi; el *Tachkemoni* del cordobés Salomón Aben Sacbel, libro que hoy llamaríamos humorístico, en que se narran las múltiples ilusiones y falacias de que fué víctima el protagonista Asser en el proceso de sus aventuras amorosas, hasta encontrarse, finalmente, con una muñeca en lugar de la bella dama á quien

tan ansiosamente perseguía; los clásicos diálogos de *Heman el Ezrahita* y *Heber el aventurero*, en que Alharizi, el más celebrado autor de *Macamas* hebreas, concede largo espacio á la crítica literaria, entremezclándola con el relato novelesco, y, finalmente, *El Príncipe y el Dervis*, del filósofo barcelonés Abraham ben Hasdai, la cual no es otra cosa que la leyenda de Buda, tan popular en la literatura cristiana con el nombre de *Historia de Barlaam y Josafat*, primera aunque remotísima fuente de *La Vida es sueño*.

Si tanto interés ofrece todo lo relativo á cuentos y novelas de origen oriental (aun sin mentar las dos grandes colecciones de apólogos indios universalmente conocidas), no es pequeño el que presenta la aparición tardía, pero indudable, de dos géneros de poesía lírica semipopular, cuyo mayor florecimiento parece haber coincidido con el dominio de los reyes de Taifas. Estos dos géneros de poesía, por lo común erótica y báquica, caracterizados, según los arabistas enseñan, por el empleo de la doble rima y por otras particularidades métricas que forzosamente en toda traducción desaparecen; y caracterizada principalmente por el desenfado con que sus autores hacen alarde de

infringir todos los preceptos coránicos sobre la abstinencia, y por el tono mucho más suelto y menos retórico que el de los poetas del califato imitadores de la lírica ante islámica, son las *muaxajas* y los *cejales*, composiciones exclusivamente españolas, al parecer, é influidas acaso por la poesía vulgar de los cristianos, como lo prueba el hecho de ser muchas de ellas obras de renegados ó *muladies*, de uno de los cuales, llamado *Aben Kuzman* ó Guzmán, nos queda un *Diván* entero, que bien valdría la pena de ser traducido y publicado. Pero los arabistas propenden poco á traducir libros de amena literatura; y eso que algunos bien podrían darles elegante forma literaria, como el mismo Sr. Fernández y González lo hace en las muy lindas, aunque desgraciadamente escasas, traducciones en verso que en esta parte de su discurso intercala.

Presentado ya el bosquejo de la cultura hispano-arábica é hispano-judaica, procede el Sr. Fernández y González á estudiar en la última parte de su trabajo el modo y forma en que se comunicó á los reinos cristianos. Con rara erudición descubre vestigios de esta influencia hasta en los siglos más oscuros: palabras de estirpe arábica ó hebrea en privilegios

y donaciones de los reyes asturianos y de los condes de Castilla; sin contar, por supuesto, con el abandono nunca total, pero sí creciente, del latín entre los muzárabes, que en realidad fueron un pueblo bilingüe, como lo prueban las obras de Recemundo, la traducción árabe de la Biblia del *Almatrán* de Sevilla, la de los cánones de la Iglesia española del presbítero Vicente, y grandísimo número de escrituras que en el Archivo Histórico Nacional se custodian.

Pero verdadero influjo intelectual de los pueblos semíticos sobre los cristianos independientes no puede reconocerse antes del hecho capital de la conquista de Toledo. Y aquí, como en todas partes, aparecen como medianeros los judíos, á quienes su peculiar estado social ponía á un tiempo en contacto con las dos razas que se disputaban el dominio de la Península, y los constituía en intérpretes naturales de latín y árabe. El primer poeta castellano de nombre conocido (¿quién lo diría?), es muy probablemente el excelso poeta hebreo Judá Leví, de quien consta que versificó, no solamente en su lengua, sino en árabe y en la lengua vulgar de los cristianos. Yo no he visto hasta la fecha composición suya entera en

verso castellano, porque su copioso *Diván* nunca ha sido enteramente publicado; pero en los extractos y traducciones parciales que de él se han hecho, no es raro encontrar palabras y aun versos enteros castellanos extrañamente mezclados con el texto hebreo. Sirvan de ejemplo aquellos dos que en la edición de Geiger (*Divan des Castilier Abul Hassan*, pág. 141) se alcanzan á leer, aunque desfigurados por un copista probablemente italiano que confundió el *dálet* con el *resch*:

Venit la fesca iuvençennillo  
¿Quem conde meu coragion feryllo?

Así conjeturo que pueden leerse estos versos, cuya interpretación es realmente difícil. *Iuvençennillo* parece un diminutivo femenino al modo provenzal: *jovencita*. Y si *fesca* es error del copista por *fresca*, de lo cual no respondo, parece que estos dos versos, de los cuales el segundo es gallego más bien que castellano, dan este sentido:

«Venid, fresca jovencita.  
¿Quién esconde mi corazón herido?»

Todo induce á creer que, en los orígenes más remotos de la poesía castellana, alguna parte, mínima quizá, hay que reconocer á los hebreos, y en la escasez grande de noticias que

sobre nuestras antigüedades literarias tenemos, ¿quién sabe si podrá abrirnos nuevos horizontes esa misteriosa Retórica y Poética de Moisés ben Ezra, que en la biblioteca Bodleyana de Oxford existe, y que, según dicen, trata no solamente de la poesía hebrea y árabe, sino también de la vulgar neolatina: cosa nada improbable?

Aunque fué Toledo la ciudad clásica en que se efectuó el cruzamiento del saber oriental con el de Occidente, y fué el reinado del emperador Alfonso VII la fecha memorable de este movimiento decisivo para la cultura del mundo moderno, no puede negarse que ya antes, y en otros comarcas de España, se habían hecho notables, aunque aislados, esfuerzos de aproximación. El nombre del converso de Huesca Pedro Alfonso (Moseh Sephardi) es el primero que ocurre á la memoria, y con él su libro famoso de apólogos y cuentos, *Disciplina Clericalis*, por el cual unánimemente se le otorga el título de patriarca de los autores de novelas cortas en el Occidente cristiano, y primer introductor del apólogo indio. Hubo también en la corte barcelonesa de Ramón Berenguer el Grande un albor de renacimiento científico con los trabajos matemáticos y astro-

nómicos del judío Abraham Savasorda y el italiano Platón de Tívoli. Entonces se tradujeron libros tan importantes como la *Ciencia de las Estrellas*, de Albategni; los *Esféricos*, de Teodosio; el *Tetrabión*, de Ptolomeo; el libro del astrolabio del cordobés Assofar, discípulo de Moslema, y las *Tablas y Capítulos de las Estrellas*, de Ibrahim el Fesari; y se escribieron otros, al parecer originales, de aritmética, geometría y agrimensura.

Tuvo, pues, predecesores el Arzobispo don Raimundo; pero siempre á él y al Emperador, de quien fué Canciller, les corresponde la mayor gloria por lo intenso, y casi pudiéramos decir febril, del movimiento de traducciones y comentarios que se desarrolló por su iniciativa y bajo sus auspicios. El arcediano de Segovia Domingo González (*Dominicus Gundisalvi*) y el judío converso Juan Hispalense, son los dos grandes obreros de esta labor inmensa. Colaboraron juntos en muchos libros; pero luego parece haberse repartido el campo, según sus particulares aficiones, escogiendo el arcediano la parte de Filosofía, y el judío la de Matemáticas y Astronomía. Mientras el primero facilita á los escolásticos la comprensión de los principales tratados de Avicena, de Alfarabi,

de Algazali y de *La Fuente de la vida* de nuestro Avicibrón, y se lanza luego en alas de éste á filosofar por cuenta propia, demostrando verdadera pujanza metafísica en sus libros originales *De processione mundi*, y *De Unitate*, donde reaparecen, subidas de punto, todas las temeridades especulativas del misticismo alejandrino, todos los teoremas capitales de la *Elevación Teológica* de Proclo (por donde viene á ser progenitor, más ó menos consciente, del panteísmo moderno); Juan de Sevilla revela el Algebra á los cristianos, y lanza de una vez en la corriente científica los principales tratados astronómicos griegos y árabes, el *Quadripartito* y el *Centiloquio* de Ptolomeo, y el *Libro de las Figuras* de Tabit-ben-Cora, las obras de Alfergan y del cordobés Alcabitio, y otras innumerables. ¡Momento, en verdad, memorable y supremo para el porvenir de la cultura moderna! Aunque éste sólo tuviese España en la historia de la ciencia, ya no sería lícito prescindir de nosotros al escribirla. Fué entonces Toledo, desde el emperador Alfonso VII hasta Alfonso el Sabio, la metrópoli de las ciencias misteriosas y de la oculta filosofía, el primer foco del saber experimental, el gran taller de la industria de los traductores,

el emporio del comercio científico de Oriente. Cuantos ardían en sed de poseer aquellos tesoros acudían allí desde los más remotos confines de Europa, y ávidamente se procuraban traducciones ó las emprendían por su cuenta: así Adelardo de Bath, Herman el Alemán, Miguel Scoto (principal propagandista del averroísmo), y sobre todos Gerardo de Cremona, traductor de 71 obras científicas de astronomía y matemáticas, de ciencias naturales y medicina.

De este primer florecimiento cosmopolita ó europeo se derivó otro más peculiarmente español, el cual se caracteriza por el uso constante de la lengua vulgar, aplicada antes que otra ninguna de las lenguas romances á la alta especulación científica, así en Castilla como en Cataluña. Comienza esta nueva fase en los reinados de San Fernando y de D. Jaime el Conquistador, iniciándose tímidamente con catecismos político-morales (*Llibre de la Saviesa*, *Libro de los doce Sabios*, *Flores de Philosophía*, *Libro de los buenos proverbios*, *Poridat de Poridades*, etc.), imitados ó traducidos, á lo menos en parte, de fuente arábiga, y con las dos más célebres colecciones de apólogos y cuentos de procedencia indostánica, el *Calila*

y *Dina* y el *Sendebar*. Crece la corriente y se dilata poderosa en la monarquía científica de Alfonso X, nuevo Salomón cristiano, por quien la sabiduría desciende del solio para aleccionar á las muchedumbres en modo y estilo oriental con los preceptos de una cierta *filosofía regia*; al mismo tiempo que con asombrados ojos empiezan á deletrear los arcanos del firmamento, conforme al sistema indio del *Sindhanta*, traído á nuestra Península por el antiguo Moslema. Si el elemento árabe en la *Crónica general* debe reducirse á límites exigüos, en cambio es muy considerable en la *Grande et General Estoria*, y aun en la parte doctrinal de las Partidas, é impera casi solo en el *Libro de los Fuegos*, en los tres *Lapidarios*, en los *Libros del saber de Astronomía* y en otros muchos, así de recreación como de ciencia.

No con menos pujanza se manifiesta, ya por imitación, ya por reacción, en las obras de Raimundo Lulio, tan conocedor de la lengua árabe como de la propia, hasta el punto de poder escribirlas indistintamente; gran promovedor del estudio de las letras orientales como arma principal para la controversia religiosa y antiaverroísta en que andaba empe-

ñado. Si su filosofía, con ser tan profundamente original, presenta innegables vestigios de la Lógica de Algazali, la forma novelesca que dió á algunos de sus mejores tratados parece un reflejo de la literatura oriental: la traza del *Libro del Gentil y de los tres Sabios* recuerda inmediatamente la del *Cuzari*; los apólogos del *Libro de las Bestias* proceden, en su mayor parte, del *Calila y Dina*.

Imitador á un tiempo de Raimundo Lulio y de los orientales, pero con una gracia de estilo propia y peculiar suya que hace de él el escritor más personal, más simpático y más literario de los tiempos medios, D. Juan Manuel presta forma castellana en el *Libro de los Estados* á la leyenda budista de Barlaam y Josafat, á la vez que renueva cristianamente el tema del *Cuzari*; y en el *Libro de Patronio* no sólo da albergue á los principales cuentos de origen asiático que en las anteriores colecciones figuraban, sino que introduce nuevas anécdotas, de carácter esencialmente histórico y origen arábigo-español indudable, como las relativas á la reina Romayquia; mostrando conocimiento directo de la lengua de los sarracenos, como podía esperarse de quien por tantos años había guerreado contra ellos como

adelantado del reino de Murcia y frontero contra Granada.

Igual noticia del habla y costumbres de los mahometanos hay que reconocer en el Archipreste de Hita, ora se atiende á la enumeración que hace de los instrumentos músicos que convienen á los *cantares de arábigo*, ora á las palabras de dicha lengua que oportunamente ingiere en varias partes de su relato poético, por ejemplo, en la respuesta de la mora al mensaje de Trota-conventos. Consta, por otra parte, que escribió cantares para *troteras* ó danzadoras moriscas, cuyas relaciones con nuestros poetas de vida airada en los siglos xiv y xv debían de ser frecuentes é íntimas más de lo justo, como lo prueban el caso de Garci Ferrandes de Ierena, que renegó por amores de una juglaresa mora, ó más bien por codicia del gran tesoro que la suponía; y el de Alfonso Alvarez de Villasandino, quien declara en sus versos que por una *gentil criatura del linaje de Agar pondría en aventura su anima pecadora*.

Pero aun reconociendo en la obra miscelánea de nuestro mayor poeta de los siglos medios, evidentes huellas de orientalismo, especialmente en los apólogos, no voy tan lejos

como el Sr. Fernández y González, cuando supone que el libro de los amores del Archipreste está compuesto en forma de *macama* y á imitación de las *macamas* árabes y judías. La forma de novela autobiográfica parece tan natural y cómoda, que sin necesidad de imitación directa ha debido ocurrirse á ingenios de muy diversos tiempos y naciones; y si hemos de llamar *macama* á todo relato de aventuras descosidas sin más unidad que la persona del protagonista narrador de la historia, *macama* será el *Satyricon* de Petronio, y *macama* el *Asno de Oro*, de Apuleyo, y *macamas* todas nuestras novelas picarescas, y hasta los *Reisebilder*, de Enrique Heine, serán también una especie de *macama*.

El período culminante de la influencia oriental en España, por lo que toca á la amena literatura, es sin disputa el siglo xiv, en que crece el número de judíos cultivadores de la lengua castellana, y uno de ellos, el rabí Don Sem Tob de Carrión, aclimata en nuestro Parnaso cierto género de poesía didáctico-moral, *gnómica* ó sentenciosa, evidentemente derivada de aquellas éticas en verso que en la literatura hispano-judaica de los Gebiroles y Ben Ezras abundan tanto. Pero á fines de aquel



siglo, desde los días del canciller Ayala, el orientalismo cede visiblemente el paso á la imitación clásica, la cual domina casi sin rival en el siglo xv, aun en varones de purísima estirpe hebrea como el obispo de Burgos don Alonso de Cartagena. Varias causas hubo para esto, siendo la principal la profunda decadencia á que había llegado en su postrer refugio de Granada la cultura musulmana, que nada nuevo podía aportar á la civilización occidental, á la cual se habían incorporado ya todos sus elementos útiles. La historia fué el género que resistió más tiempo entre los árabes: lo prueba en el siglo xiv el grande ejemplo de Aben Jaldun (español de origen, ya que no de nacimiento) cuyos famosos *prolegómenos*, que constituyen una especie de aparato enciclopédico para la historia universal, demuestran que ni siquiera de espíritu crítico estuvieron desamparados los musulimes. Pero el granadino Aben-Aljatib, último escritor de gran renombre entre los árabes andaluces, es ya de evidente decadencia, si bien por el gran valor histórico de las noticias que consigna, por el número y variedad de sus escritos y por la feliz casualidad de haberse conservado íntegros los principales, es de los que más mere-

cen y han obtenido la atención de la crítica.

Menos decadente la literatura de los judíos, había recibido, no obstante, un golpe mortal con las restricciones puestas al estudio de la filosofía y otras materias profanas, y con la condenación fulminada por las sinagogas de Cataluña y Provenza contra el *Guia de los perplejos* de Maimónides, cuyo racionalismo exegético comenzaba á parecer peligroso á los más autorizados rabinos. Volvieron, pues, los estudios, aunque no sin protesta de muchos, al antiguo cauce *misnático* y talmúdico, y cualesquiera que fuesen los conatos de independencia en las escuelas de Gerona, de Segovia, de Toledo, y entre los místicos y cabalistas, nada de ello importó mucho, y por de contado nada apenas trascendió fuera del recinto de la Sinagoga, hasta que coincidiendo con los tiempos de la expulsión aparece la ilustre familia de los Abarbaneles, memorable aún más que por lo que contribuyó á la conquista de Granada, por el libro de la *Philographia Universal* ó *Diálogos de Amor* con que León Hebreo trajo nueva savia al platonismo del Renacimiento, fundiéndole con la tradición judaico-alejandrina y con algunos conceptos de la filosofía escolástica, nada desconocida de los judíos

del siglo xv, como lo prueba el hecho de haber traducido al hebreo Alí ben Yusaf Habilio de Monzón algunos libros de Santo Tomás, de Escoto y de Guillermo Occam. El comercio intelectual proseguía siendo recíproco, á despecho de incendios y saqueos de aljamas, devastaciones y matanzas, y á despecho de la preocupación sectaria moderna, que inventa abismos donde no los hubo.

De todas estas y otras muchas cosas trata más ó menos rápidamente, pero siempre con datos positivos y seguros, el Sr. Fernández y González, prescindiendo, en obsequio á la brevedad, de otros puntos que tiene bien conocidos y estudiados, tales como la curiosísima literatura jurídica de las *Leyes de Moros*, la muy copiosa literatura aljamiada, no sólo religiosa sino poética y novelesca, de los moriscos (tan ilustrada ya merced á las publicaciones de Gayangos, Müller, Stanley, Saavedra y Guillén Robles), y la literatura que en lengua castellana y en todos géneros cultivaron los judíos de origen español refugiados en Holanda y otras partes durante los siglos xvi, xvii y aun xviii, siguiendo, á pesar de su alejamiento, los cambios de gusto que se verificaban en la Península, como lo prueban el ejemplo de

Moseh Pinto Delgado, que á ratos parece discípulo de Fray Luis de León, y el de Miguel de Silveira, Antonio Enríquez Gómez y Leví de Barrios, tenebrosos imitadores de Góngora y Quevedo. Esta reacción ó influencia contraria de la lengua y literatura española sobre los pueblos semíticos, que conduce sucesivamente á escribir en castellano á mudejâres, moriscos y judíos, creando tres pequeñas literaturas, mixtas de oriental é ibérico, merece por sí sola un atento estudio, y sin duda por eso no ha querido el Sr. Fernández y González englobarle en su tema, ya inmenso de suyo.

Esta misma consideración, sin duda, y la de existir ya base firme en los glosarios de Engelmann y Dozy, Simonet y Eguílaz, le ha hecho insistir poco en la enumeración de los elementos árabes y hebreos que han entrado en nuestro léxico y en nuestra gramática. Nótese que, á diferencia de los filólogos anteriores, el señor Fernández y González propende á acrecentar este caudal y á suponerle mucho más rico de lo que generalmente se estima.

Tal es (entendido y expuesto á nuestro modo y adicionado con algunas consideraciones y noticias que nos han parecido pertinentes al asunto) el riquísimo contenido del dis-

curso del Sr. Fernández y González. En él está, no sólo planteada, sino definitivamente resuelta, sin alharacas ni declamaciones indignas de la ciencia, tesis tan importante y compleja como la de la influencia oriental en el pensamiento y en el arte de nuestro pueblo. Esta influencia es innegable en la arquitectura, donde sus alarifes transmitieron á los nuestros el único tipo de construcción peculiarmente español de que podemos envanecernos. Lo es también en diversas artes é industrias suntuarias. Puede presumirse muy racionalmente en la música, aunque este punto no haya sido dilucidado todavía con la atención y competencia debidas.

Es nula ó casi nula, y aun puede suponerse influencia contraria, en la poesía lírica propiamente dicha; lo cual no se opone á la transmisión accidental de algún cantarillo, y aun á la semejanza aparente ó real de ciertos tipos de versificación popular. Todavía puede negarse con más resolución en lo tocante á la poesía narrativa, que entre nosotros fué esencialmente histórica, hija del terruño castellano, aunque de las canciones francesas recibiese estímulo y ejemplo. Sólo tres ó cuatro romances, de los *fronterizos* de última época, el de

*Abenamar*, *Abenámar*..... la lamentación por la pérdida de Alhama, y pocos más, tienen sabor oriental ó puede conjeturarse con verosimilitud que de Granada proceden. Donde es forzoso no sólo admitirla, sino proclamarla fuente casi única, es en el cuento y en el apólogo, no por inventiva de los árabes (que en rigor nunca han sido pueblo de mucha imaginación), sino por la misión histórica que tuvieron y cumplieron de recoger en Persia, en Siria y en Egipto la primitiva y misteriosa tradición del apólogo indio, que no ha perdido aún su profunda virtud simbólica, y continúa siendo la leche espiritual con que aun los pueblos más cristianos educan á sus hijos.

No puede decirse que las fuentes históricas árabes fuesen desconocidas á nuestros cronistas de la Edad Media, pero es cierto que hicieron muy poco uso de ellas. Lo mucho que en la *Grande et General Estoria* procede del árabe, no son fragmentos de historia, sino verdaderos cuentos. La *Historia Arabum* del arzobispo D. Rodrigo, el trozo de la *General* concerniente al sitio de Valencia, las traducciones portuguesa y castellana del moro Rasis, son excepciones harto solitarias para que pueda

deducirse acción notable de la historiografía musulmana sobre la nuestra.

Pero en la filosofía y en las ciencias, ¿quién podrá negar la eficacia y prestigio del elemento oriental, á menos de cerrar voluntariamente los ojos á la luz de la historia? La introducción de los textos árabes en las aulas de Occidente inicia un nuevo período en el desarrollo de la Escolástica, que gracias á ellos entra por primera vez en posesión íntegra de la enciclopedia aristotélica, si bien imperfectamente traducida y comentada. Los nombres de Alfarabi, de Alkindi, de Avicena, de Avempace, de Avicibrón y de Averroes son aún más familiares á los doctores de la Edad Media que los grandes nombres de la ciencia clásica. La palabra *averroísmo* llegó á ser sinónimo de racionalismo y libre pensamiento, y desde el siglo XIII hasta el XVI fué el símbolo de la incredulidad filosófica, la bandera de todos los disidentes. Todas las herejías metafísicas que fermentaron en el seno de la Escolástica después del siglo XII proceden, ó de Averroes, ó de Avicibrón comentado por el arcediano Gundisalvo, que es probablemente la misma persona que el llamado *Mauricio Hispano*. No se trata aquí del fondo de las doctrinas, sino de su valor histórico in-

negable: *oportet hæreses esse*, y sin la invasión de esta filosofía hispano-semítica, ni Santo Tomás hubiera tenido que escribir la *Summa contra gentes*, ni nuestro inmortal Ramón Martí el *Pugio Fidei*, ni hubiera emprendido Raimundo Lulio su novelesca cruzada contra los averroístas, que le condujo á la creación de su sintética filosofía.

Y si por los errores con que vino mezclado se tiene en menos el contingente filosófico aportado por los árabes, no sucederá lo mismo con aquella parte positiva de la ciencia que está sobre toda discusión y todo sistema. Aun limitándonos á nombres españoles, bórrese de la historia de la Astronomía el de Azarquiel, de la historia de las Matemáticas el de Geberben-Aflah, de la historia de la Botánica el de Aben Beithar, de la historia de la Medicina y de la Cirugía los de Abulcassis y Avenzoar, y se verá á qué poco queda reducida la historia de estas ciencias en la Edad Media. Querer poner enfrente de estos monumentos de ciencia positiva y experimental las pobres compilaciones latinas anteriores al siglo XII, último residuo de la penuria científica en que siempre vivieron los romanos, es obstinarse en errar á sabiendas; y cuando á tal propósito se invocan,